

Ecós de sociedad en las *Batallas y quinquagenas*, de Gonzalo Fernández de Oviedo

Echoes of Society in *Batallas y quinquagenas*, by Gonzalo Fernández de Oviedo

Mercedes Serna Arnaiz

<https://orcid.org/0000-0003-2385-0043>

Universidad de Barcelona

ESPAÑA

serna@ub.edu

[*Hipogrifo*, (issn: 2328-1308), 11.1, 2023, pp. 851-864]

Recibido: 30-01-2023 / Aceptado: 27-03-2023

DOI: <http://dx.doi.org/10.13035/H.2023.11.01.49>

Resumen. En el siguiente trabajo, analizamos la obra poco conocida de Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y quinquagenas*, y más concretamente los 132 diálogos que se han editado, casi todos pertenecientes a la segunda batalla. En esta, Oviedo trata de casos de nobles personajes que habían terminado sus vidas con muertes desastradas o que habían tenido el más triste destino. Analizamos la forma del diálogo, por influencia del erasmismo, la relación que existe entre dicha obra y la *Historia general y natural de las Indias*, las diferencias de tono entre una y otra, los recursos narrativos más destacados y las ideas del autor. Asimismo, el estudio de ciertos casos que detalla Oviedo nos lleva a defender que las *Batallas y quinquagenas* son un retablo de sociedad interesante para conocer la época y la moral en la que vivía la nobleza española en los siglos XVI y XVII.

Palabras claves. Erasmismo; diálogo; nobleza; sociedad; moral.

Abstract. We analyse the little-known work by Gonzalo Fernández de Oviedo, *Batallas y quinquagenas*, and more specifically what has been published (namely, 132 dialogues), almost all of which refer to the second battle. In this, he deals with cases of nobles whose lives ended disastrously or who had the saddest of destinies. We study the form of the dialogue, the influence of Erasmus, and the relationship between this work and the *Historia general y natural de las Indias*, the differences in tone between one and the other, the most striking narrative resources and

the author's ideas. Likewise, the study of certain cases that Oviedo details shows *Batallas y quinquagenas* to be an interesting tableau of society that sheds light on the period and on the morals of the Spanish nobility in the 16th and 17th centuries.

Keywords. Erasmianism; Dialogue; Nobility, Society, Morals.

INTRODUCCIÓN

Los escritos de Gonzalo Fernández de Oviedo, como sabemos, son de dimensiones ciclópeas y por la misma razón poco leídos. Se cree que Oviedo escribió unas catorce obras en géneros y de tonos muy variados como las novelescas *Laberinto de amor* y el *Libro del muy esforzado e invencible caballero de la Fortuna propiamente llamado don Claribalte*. Este último, publicado en 1519, es un libro de entretenimiento. Años más tarde, en 1524, los humanistas erasmistas clamarían contra las novelas de caballerías, como consta en el tratado de Juan Luis Vives *De institutione christianae foeminae*. Oviedo, en consecuencia, renegaría de su propio libro. Así lo señala él mismo en las *Batallas y quinquagenas*, por boca del Alcaide, al comentar la llegada a España del *Orlando furioso*:

Verdad es que de pocos tiempos acá ha venido otro libro a España que se llama Orlando Furioso, que es para desvanecer los hombres de vano entendimiento. Y más ha de cincuenta años que yo le vi predicar a charlatanes en Italia los domingos y fiestas en las plazas a los plebeyos y baja gente en las tardes pero nunca a tal vanidad vi llegarse ningún bueno ni hombre de buena suerte. Y ahora en España se hace caso de él, pero no entre discretos ni hombres que quieren oír verdades, y no truenos fabulosos. Así que este daño de los libros, pues Juan Bravo sacó de sus lecciones tan amargo y triste fin mire cada cual cómo lee y con más atención cómo obra (p. 218)¹.

Oviedo, además, se declaró ferviente admirador y seguidor de Erasmo de Rotterdam, como se lee en su *Historia general*, libro XXII, cap. III.

Con la publicación de las *Batallas y quinquagenas*, como indica Avalor-Arce, «recibirían grande luz y extensión las vidas privadas y públicas de muchos grandes, prelados, cortesanos y otros sujetos ilustres que florecieron en España a fines de la centuria xv, y principios de la xvi»². Oviedo se dedicó a recoger con celo informativo las noticias nobiliarias que van desde la genealogía de los sujetos hasta los avatares de las casas a las que pertenecían, a su renta solariega y a la heráldica.

1. En el presente artículo solo vamos a trabajar con las *Batallas y quinquagenas* con prólogo y edición de Juan Bautista Avalor-Arce, Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1989. Todas las referencias proceden de dicha edición. De Oviedo son, además, *Batallas y quinquagenas*, transcripción de José Amador de los Ríos y Padilla, prólogo y edición de Juan Pérez de Tudela y Bueso, Real Academia de la Historia, 1983; y las *Quinquagenas de la nobleza de España*, en *Las memorias de Gonzalo Fernández de Oviedo*, vols. I y II, Chapel Hill, North Carolina Studies in the Romance Languages and Literature, 1974.

2. Avalor-Arce, en su edición de *Batallas y quinquagenas*, p. 14.

Es posible que su desconocida obra *Batallas y quinquagenas o Quinquagenas dialogales* siga el procedimiento del diálogo por el influjo de Erasmo, tal como señala Avalor-Arce:

Creo yo que la forma dialogal de las Batallas y quinquagenas (única en la vasta obra ovietense) se impuso al historiador como un tributo a la forma identificada como la propiamente erasmiana por los humanistas españoles del momento³.

En efecto, a través de los diálogos de Sereno y el Alcaide, vamos conociendo la biografía, origen, genealogía, renta, armas, timbre y letras de los biografiados, todos pertenecientes a las casas nobiliarias españolas. Sereno se encarga de hacer preguntas al Alcaide; uno y otro se comportan como «alter ego» del autor.

El proyecto inicial de las *Batallas y quinquagenas* era desorbitado, pues el autor tenía la intención de escribir 800 diálogos para tratar acerca de la nobleza de la España imperial, lo que refleja el exacerbado sentimiento nobiliario de Oviedo y su interés por la ciencia del blasón. Como indica Santiago Fabregat, «Oviedo proyectó un tratado dividido en cuatro volúmenes, cada uno de los cuales habría de contener una batalla, dividida a su vez en cuatro quinquagenas de cincuenta diálogos cada una. Sin embargo, el extenso periodo de gestación y los numerosos problemas de transmisión a los que el texto ha estado sujeto hacen que los escritos conservados hoy sean muy inferiores al plan inicialmente diseñado por el autor»⁴.

Los escritos editados corresponden a 132 diálogos, casi todos pertenecientes a la segunda batalla. En ella trata de casos de nobles personajes que habían terminado sus vidas con muertes desastradas o que habían tenido el más triste destino. Ya una larga lista de conquistadores, con finales trágicos, se recogen en la *Historia general y natural de las Indias*. Y es que tanto las *Batallas* como la *Historia* se van escribiendo en simultaneidad. Y en los últimos años también está con las *Quinquagenas de la nobleza de España*⁵. La I parte de la *Historia* se publica en 1535 en Sevilla; pero se siguen redactando las II y III (e incluso anuncia Oviedo una IV que no pudo escribir porque fallece en 1557). Por otro lado, las *Batallas* se inician en 1535, cuando Oviedo, como he dicho, ya ha publicado la Parte I de la *Historia* y las está escribiendo enfermo y senil desde su atalaya en Santo Domingo. O sea que la producción de las tres obras coincide en el tiempo y en el espacio.

En las *Batallas y quinquagenas*, por boca de Sereno, vemos a un Oviedo orgulloso de la *Historia general y natural de las Indias* en concreto y de la vastedad de su obra. Como sus extraordinarias dimensiones podrían a más de uno hacerle sospechar que no es posible que Oviedo fuera el único autor, este utilizará a Sereno para afianzar que todo proviene de su pluma:

3. Avalor-Arce, en su edición de *Batallas y quinquagenas*, p. 10.

4. Fabregat, en su edición de *Libro de la Cámara Real del príncipe don Juan*, p. 37.

5. Antonello Gerbi califica el estilo de las *Quinquagenas de la nobleza de España* de farragoso, divagatorio, antinatural, con pretensiones de erudición, lleno de citas para probar vulgaridades, digresivo, machacón, o moralista. Todo, afirma Gerbi, parece «una especie de hagiografía laica» o unas «memorias biográficas de españoles ilustres, para exaltar las virtudes e infamar el vicio (1978, pp. 446-449).

Y demás de esto sé que habéis escrito y continuáis como cronista de sus majestades la grandísima Historia natural y general de Indias, islas y Tierra firme del mar Océano en tres partes y cuatro volúmenes repartida, la más peregrina y nueva historia que en el mundo se sabe. Y veo que comenzáis la cuarta parte de la dicha Historia general, que será otro gran volumen. Y todo ello escrito de vuestra mano y de esta misma letra. De manera que si yo no os conociese desde muchacho, y hubiese de juzgar de vuestros años pro la gran copia de los tratados que he visto vuestros, diría que era imposible un solo hombre haberlos escrito y ordenado, en más que doblados los años que habéis, que son según vuestra confesión hasta en fin del año de 1552, que ahora comienza, LXXIII años y medio, pues decís que nacisteis en el mes de junio o julio de 1478 años (p. 289).

Según Alberto del Río⁶, la intención de Oviedo al escribir esta obra fue didáctica, entroncada con la vena literaria de la celebración de los varones ilustres. En la batalla segunda, diálogo primero, contestando a Sereno, por voz del Alcaide nuestro autor explicará la finalidad de su obra:

Y por cierto, yo no querría mayor premio de esta ocupación que verme fuera de ella e haber acabado estos nuestros diálogos a servicio de Dios y contentamiento vuestro. Quanto a lo demás, yo les perdono las reprehensiones y tachas que de esto se ha de sacar, pero conténtome con que no levanto falso testimonio a ninguno, ni escribo por interés sino por vuestro placer y mío, porque junto con nuestra recreación honramos la patria y no pecamos en ello (p. 255).

El uso de la forma del diálogo tiene que ver además de con la influencia del erasmismo con la personalidad de Oviedo, quien da rienda suelta a su pasión por la charla animada y «atisba además la vía para emplearla en altos menesteres historiográficos»⁷.

El modelo hablado, por otro lado, se presta más al discurso coloquial y dramático, a la charla mundana y humana, a la posibilidad de, al tiempo que retratar el ideal del hombre cortesano y cristiano, entrometerse en la vida de los biografiados y opinar sobre ellos. Ver y oír a los posibles destinatarios de su texto es lo que permite el discurso de la conversación. Asimismo, la aridez del tema -líneas de sangre- se mitiga gracias a la amenidad de la narración, propiciada esta por los distintos puntos de vista que nos ofrecen los dos contertulios. Oviedo, como ocurre en su *Historia*, echa mano de múltiples anécdotas, caprichos y veleidades que solazan las vidas de los biografiados y que van desde los casos de amor más desesperados, «pasando por las facecias divertidas o las traiciones más sonadas»⁸.

Al autor le gustaban las historias menudas, las situaciones divertidas al margen de los grandes hechos. El cronista también se acerca al cuento folclórico, pues se recrea en la explicación de los comportamientos de los animales con el fin de representar determinadas actitudes humanas, alejándose de los alegóricos exempla medievales.

6. Del Río, 1991, p. 94.

7. Del Río, 1991, p. 96.

8. Del Río, 1991, pp. 101-102.

La insistencia mostrada por Oviedo en resaltar la variedad que a la materia otorga el curso sinuoso de las anécdotas narrativas, los excursos y las vueltas al hilo de la charla son buenos indicadores de sus reflexiones al respecto; a la par «que es indicio de esa habilidad áulica que el diálogo le permitía desplegar por medio de la mimesis conversacional»⁹.

ECOS DE SOCIEDAD

Como en la *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, de Bernal Díaz del Castillo, el interés de Oviedo también se extiende a la virtudes y defectos de los hombres, a las pequeñas historias. Sus anécdotas no se quedan en el simple recuento de la vida del sujeto a tratar sino que utiliza sus grandes dotes de narrador y consigue que el relato se integre en lo novelesco, como ocurre con la historia del Duque de Gandía y su gula, manifestando las exageraciones pantagruélicas y medievales.

El cronista aprovecha cualquier ocasión para opinar a través de sus personajes sobre la vida y costumbre de los biografiados, siempre en un tono moral y apoyándose reiteradamente en los clásicos. Uno de los dos contertulios, Sereno, vive en España, es lector de crónicas y oidor de chismes cortesanos. Por boca del Alcaide, Oviedo dará muchos detalles (algunos de los cuales no ha recogido la crítica) de su vida en Santo Domingo, lugar de residencia, y de los sucesos que vivió en América. Hay muchísimos aspectos autobiográficos que sobresalen en los diálogos. Así, en la batalla segunda, quinquagena primera, diálogo VII, tratando el Alcaide del ilustrísimo señor gran capitán Don Gonzalo Fernández de Córdoba y de la terrible batalla de Ravena, muy comentada por Oviedo y siempre contra el virrey de Nápoles don Ramón de Cardona, habla del servicio que dio al Capitán y cómo tras mudarse los tiempos y la fortuna, todos se dispersaron: el Gran Capitán se fue a Loja, «e los unos se fueron a sus casas, otros a la guerra de África, otros a la de Navarra, otros tiraron a Italia, e otros a las Indias, de los cuales yo fui uno, por mis pecados» (p. 191).

El Alcaide, alter ego del autor, es testigo de vista o tiene información de primera mano de las cosas que cuenta de América. Al tratar sobre Beltrán de la Cueva, Condestable de Francia, y de sus hijos, señala: «Veis aquí lo que a mí me dijeron estando yo en la costa de la Tierra Firme, a la parte del sur o austral, en la provincia de Nicaragua» (p. 337). Y más abajo, remata: «yo lo tengo escrito en la Historia general de estas Indias, que como cronista de sus Majestades escribo por su mandato, e allí lo hallarés más largamente dicho...» (p. 337). De esta manera, introduce la historia de Beatriz de la Cueva, casada con Pedro de Alvarado, y cuya historia se hizo tan popular que aparece registrada en muchas crónicas de Indias como la de Bartolomé de las Casas, «Motolinía» o Jerónimo de Mendieta.

La muerte de Beatriz, ahogada a causa de una tormenta y de un terremoto que destruyó la ciudad de Guatemala el 10 de septiembre de 1541, fue vista como el resultado de un castigo divino pues, tras conocer esta el fallecimiento de su marido,

9. Del Río, 1991, p. 103.

don Pedro de Alvarado, reaccionó contra las leyes divinas. Según cuenta Bernal, tras el deceso, la esposa se autolesionó, mandó que todas las paredes de su casa se pintasen de negro, dejó de comer y afirmó no aceptar el mandato de un Dios que le había hecho tanto daño al llevarse a su marido. Sin embargo, Bernal, por temor a Dios, evitará emitir un juicio moral al respecto alegando que él no vivió los hechos y que los recogió del obispo Francisco Marroquín, prelado de Guatemala.

Pero es Gonzalo Fernández de Oviedo el que narrará este episodio con una riqueza de recursos visuales y literarios extraordinarios. En las *Batallas y quinquagenas*, el Alcaide señala que, tras conocer la muerte de su esposo, «ella sintió su pérdida y viudez como quien ella era y como mujer generosa, y aun excediendo como desatinada del dolor en algunas palabras mal dichas, como lastimada» (p. 338). Y reflexiona el Alcaide: «pero es Dios misericordioso y no se debe creer que miraría en su flaqueza para lo que se le siguió, que es caso muy notado en las Indias, y no se ha visto en ellas otra cosa semejante después que se descubrieron» (p. 338). A continuación, nos informa sobre la gran tempestad durante la cual murieron más de setecientos indios y muchas familias. El Alcaide le cuenta a Sereno cómo la ciudad padeció tanto castigo que «tuvo en parte por misterio y azote señalado de Dios, y el sólo lo sabe por qué, pero decían algunos ignorantes que el sentimiento extremado que doña Beatriz de la Cueva hizo por el Adelantado, su marido, era la causa por ser tan excesivo» (p. 339). Y concluye: «Posible sería que Dios fuese servido de su martirio corporal para mejoramiento y beneficio de su alma, y para dar ejemplo a los que quedaron vivos en que por ningún trabajo nadie se desmande ni atreva en palabras desacatadas pes la blasfemia es pecar contra mandamiento de Dios expreso» (p. 339).

El relato de Oviedo, que vivía en Santo Domingo, comparado con el de otros cronistas, es el más detallado de todos. De igual manera, nuestro autor, en la *Historia general y natural de las Indias* (1535), describe la tempestad siguiendo el texto de la *Relación del espantable terremoto que agora nuevamente ha acontecido en la ciudad de Guatemala* (México, Juan Cromberger, 1541). En la *Historia*, el autor incluye la anécdota de la vaca que acometió a Francisco Cava y que casi le quita la vida. Su ferocidad incitó a pensar que era el diablo que andaba en el aire con gran estruendo. Pero Oviedo, en la *Historia*, aducirá una causa geológica y no divina de los hechos ocurridos:

Todos estos terremotos y tempestades se causan de las concavidades y cavernas que las tales montañas tienen en sus interiores, e porque son mineros de azufre o de alumbre, e los vientos reinclusos en aquellos vacuos, cuando espiran, revientan y hacen esos daños¹⁰.

10. Fernández de Oviedo, *Historia general y natural de las Indias*, p. 362.

Es decir que en las *Batallas y quinquagenas* el autor manifiesta su opinión, la cual es conforme a la idea del *Deus ex machina* o providencialismo. En este sentido, Oviedo busca en la *Historia* una objetividad que no precisa tener a la hora de escribir las *Batallas*. Estas, por lo tanto, nos acercan más al verdadero pensamiento de Oviedo¹¹.

Así, en el caso del ilustre y muy magnífico señor don Juan Manrique, batalla segunda, quinquagena tercera, diálogo XI, como señala Avalor-Arce, se presentan aspectos inusitados de la moralidad del siglo XVI y Oviedo nos deja ver su opinión. El Alcaide resume que don Juan se incluye en los casos de los desdichados e infelices. Cuenta que este fue muy vicioso e inclinado a la libidinosidad y que por ello murió. Gonzalo Muñoz de Castañeda, señor de Hormazo, mató a su mujer, María de Castañeda, por celos que tuvo de don Juan. Al parecer, el Castañeda organizó una emboscada para pillar a don Juan infraganti y matarle. «En fin, el don Juan fue y el Castañeda tenía trece hombres escondidos, y con él catorce» (p. 286). Y prosigue:

Y entrado el don Juan solo le dijo una negra: «En ora mala vengáis». Y don Juan le dijo: «¿Por qué?». Y la negra replicó: «Porque hoy es el fin de vuestros días». Y entrando en una cámara estaba en la mitad de ella un ataúd. Y como lo vio don Juan turbóse, y en continente estaban ya con él el Castañeda y los demás, y le mataron. Hecho este alevoso acto la justicia real proveyó de tal manera que de los catorce que eran los malhechores sólo el Castañeda escapó, y se fue en Portugal donde murió (p. 286).

El diálogo, sabroso en detalles, crece en riqueza a través de las reflexiones que «el caso» desata en el Sereno y el Alcaide. Como en todos los diálogos, uno y otro se apoyan en las Autoridades, en los clásicos, siguiendo la filosofía escolástica, para extraer una moraleja del asunto. El Alcaide, alter ego de Oviedo, opina que hubiera sido mejor que Castañeda, valiente hombre y esforzado, hubiera disimulado sus celos, pues no estaba clara la culpa de don Juan, y la mujer no merecía morir y apostilla cómo a Castañeda «los celos no le dejaron advertir ni entender que hacía mal en vengarse de quien no tenía culpa» (p. 286). Esta manera de pensar de Oviedo, entiende Avalor-Arce¹², no cuadra con el concepto del honor que triunfará en la comedia del siglo XVII. Sin embargo, el texto de Oviedo más que al honor hace referencia a los celos y la prudencia y sabemos que cada género tenía sus convenciones. No se puede comparar el tratamiento de un tema en distintos géneros. Cree el Alcaide que los hombres acelerados y malsufridos son faltos de consejo y que le faltó prudencia al Castañeda. Sereno, citando a Petrarca y a Tito Livio, sostiene que las pasiones deben vencerse para no caer en el vicio ni en el pecado, a lo que el Alcaide responde:

11. Un estudio, tras la lectura del caso de la muerte de Beatriz, en la *Historia* de Oviedo, concluye: «Oviedo ajeno a los intereses ideológicos impone su visión humanista ante los hechos que narra: ni el terremoto es un acto de justicia divina [...], ni la vaca con la soga en el cuerno que impedía la entrada a la casa de Beatriz de la Cueva era una manifestación del demonio» (Sanchis Amat, 2017, p. 163). Tampoco el estudio de Díez-Canedo (2011) tiene en cuenta, en el caso de la muerte de Beatriz, el texto de las *Batallas y quinquagenas*.

12. Avalor-Arce, en su edición de *Batallas y quinquagenas*, p. 287.

Mirad, ello es así como decís, pero estas pasiones carnales leído habemos que muchos famosos y doctos y fuertes y grandes varones han tropezado en ellas. ¿Quién más famoso que Julio César? ¿Quién más docto que Salomón? ¿Quién más fuerte que Hércules o Sansón? ¿Quién más santo que David? ¡Ved si amaron estos! Pues los otros hombres menos dignos y capaces para se abstener y defender de tales errores no nos maravillamos si caen en ellos. Menester es que Dios por su bondad, intervenga y dé gracia o favor al pecador para que no caiga en tales peligros (p. 288).

Las extraordinarias dotes de narrador de nuestro autor nos permiten visualizar lo que relata, esto es, las emociones, los sufrimientos, penas o alegrías. Revive las escenas, a veces de manera escalofriante y sin prolegómenos. Así, cuando trata la vida de Francisco de Ribera, hijo mayor y sucesor del Adelantado don Pedro Enríquez, recalca que este hombre fue «muy gentil caballero, largo despendador, liberal y demasidamente parcial a la música y la caza» (p. 117). Y prosigue indicando que nadie de la Grande de Castilla tenía tantos cantores, ni tantos halcones y cazadores, «dos cosas de ejercicios gastaba mucho, sin los cuales él se podría muy bien pasar». Seguidamente, anota que los canonistas señalan que no hay cazador alguno que fuese santo. Y para reafirmarse en su idea acude al pensamiento de Séneca: «Enseñadme ¡oh música! cómo las voces agudas concuerdan con las gruesas, e cómo en los nervios y cuerdas que dan días su sonido, se haga concordia de canto. Más querría me enseñases cómo un corazón concuerda consigo mismo y así aconsejo que no se desacuerden entre sí» (p. 117). Ante tal comentario, Sereno duda de que la música no sea beneficiosa para el ser humano pues alegra los corazones, a lo que el Alcaide contesta matizando la reflexión de Séneca:

[...] yo no creo que Séneca dijo esas cosas por condenar tan lindos y excelentes ejercicios como son la música y la caza, más decirlo hay por superfluo y demasitados y aun así parece a toda España que el Adelantado se [una palabra ilegible] por sus halcones e cantores y que [una palabra ilegible] con todo gastaba demasiado en su emplear mejor el tiempo y sus dineros más honesta e útil» [una o dos palabras ilegibles] (p. 117).

De esta manera, siguen el diálogo los dos amigos infiriendo juicios sobre la caza y la música, a través de fábulas reales como la del sapo y la ardilla, y citando a Ovidio y Seneca. Al final Sereno sentenciará que «usar de la caballería bueno es y usar la música templada y no excesiva, bueno es, y que conversar con mujeres honestamente Dios lo permite. Pero lo superfluo, los extremos, todo es malo: los halcones a docenas y los caballos demasiados vanidad y soberbia costosa es; las damas y las danzas, y palacio y saraos, lujuria es y camino del infierno» (p. 117).

Todas estas reflexiones entre los dos amigos nos recuerdan el tono de los ensayos de Montaigne puesto que ponen el punto de mira en los detalles humanos, los asuntos del cuerpo o en la realidad cotidiana. Así, en otro diálogo, conversan los dos amigos sobre las extraordinarias propiedades y la eficacia que tiene el abrojo, confirmando dicha información en la autoridad de Plinio (p. 63). O, al final del libro, nos deleita con la biografía del Duque de Gandía, un hombre en todo intachable, buen caballero y muy humano y de linda y loable conversación, y muy esforzado

y valiente de su persona, cuyo único vicio o enfermedad, mejor dicho, «era que comía de una asentada más que comerían cuatro hombres buenos comedores» (p. 462). Tras la anécdota del descerrajamiento de la despensa por haber pasado dos horas sin llevarse el susodicho nada a la boca, nos ilumina Sereno otra vez citando a Petrarca, que, en su tratado *De próspera y adversa fortuna*, juzga que «el ayuno pone sal a los manjares y que con hambre ninguna cosa se come que no sea dulce y sabrosa» (p. 462).

El caso del embaucador de don Pedro de Bobadilla, fraile dominico y corsario, le sirve a nuestro autor para explotar las posibilidades narrativas de una vida novelesca, cuya peripecia remite a engaños de corte folclórico, vertidos en alguna ocasión en parlamentos de estilo directo. La recreación de los agitados episodios apunta en tono y ambiente a los relatos cortos de aventuras: «y concertado con los de su compañía y acordado de andar en curso a ropa de moros, entró a ver una buena carabela que estaba en el puerto so color de la compra, e desde que fue dentro aleóse con ella y tiró su camino la vuelta de Sicilia» (p. 393).

Entre otros ecos de sociedad, destaca el diálogo en el que trata sobre Beatriz Galindo en la batalla segunda, quinquagena primera, diálogo XLIIIJ. Como señala Avalor-Arce, Oviedo ofrece en esta historia información de primera mano sobre la conocida como «la Latina», cuya fama inspiró la pluma de Lope de Vega en el *Laurel de Apolo*, en la silva V. Señala Avalor-Arce que Oviedo, siendo notario y escribano público en Madrid, tuvo que actuar en calidad de tal en varios documentos de «la Latina», correspondientes la mayoría a 1508¹³.

Y si en la silva de Lope se dejan caer ciertas dudas sobre la persona de Beatriz, Oviedo, por boca del Alcaide, juzgará que fue una mujer santa, honesta y virtuosa, hija de un tal (espacio en blanco) Gricio (otros historiadores actuales dicen que su padre pudo ser Martín Fernández Galindo) que por orden de la reina católica le enseñó a su Alteza la lengua latina. Oviedo indica que la Reina la hizo tener para sí en su cámara (p. 149)¹⁴. En agradecimiento, la reina, que tenía en gran estima a Beatriz Galindo, la desposó con su secretario Francisco Ramírez. Luego, el autor habla de los hijos habidos y de cómo Beatriz Galindo destacó más por su vida contemplativa que por su vida activa, imitando más a Magdalena que a Marta. El matrimonio fundó el hospital de la Concepción de Madrid y monasterio de monjas de San Francisco, acabándolo, tras la muerte del marido, Beatriz Galindo. Dice el Alcaide que gastó en la obra más de diez mil ducados de oro. Ante ciertas murmuraciones, el Alcaide desvela la causa de por qué el matrimonio fundó dos monasterios que tienen el mismo título y nombre, «de la Concepción, «uno de franciscanas y otro de Jerónimas, debiendo realizar solo uno uniendo toda la renta. El Alcaide le informa a Sereno de las envidias y celos de los frailes de san Francisco ante la determinación de sus fundadores de que el monasterio de las franciscas y hospital fuera para las monjas del hábito de san Jerónimo. Muerto el marido, Beatriz Galindo paró la

13. Avalor-Arce, en su edición de *Batallas y quinquagenas*, p. 148, nota 184.

14. Véase Carabias Torres, 2019, trabajo en el que la autora desmiente la biografía ovetense. Oviedo conoció a Beatriz Galindo en 1508, siendo criado del príncipe don Juan y escribano público. Según Carabias, nuestro autor está haciendo un relato de lo que recuerda y no recuerda con precisión.

obra y puso el litigio entre las partes con los frailes, y el pleito fue al sumo pontífice a Roma. Los franciscanos ganaron el litigio y las monjas fueron franciscas de su orden. Ocurrido esto, Beatriz Galindo decidió levantar otro monasterio de monjas jerónimas, «y no faltaron religiosas ni faltaron murmuradores contra Beatriz Galindo» (p. 159), pues favoreció al de las jerónimas con cierta cláusula que manda que «no puede allí entrar monja que no sea hijadalgo cristiana vieja» (p. 151).

Otra personalidad a la que nombra es a Garci Pérez de Vargas, descendiente del inca Garcilaso de la Vega, quien escribirá posteriormente sus hazañas. Cuenta Oviedo cómo la valentía de Garci Pérez hizo que no se arredrase, como sí lo hizo un compañero suyo que no nombra en el texto, a luchar él solo contra siete moros, y no solo eso, sino que, tras salir bien parado, volvió a ellos con el fin de recoger la cofia que se le había caído de la cabeza. Los moros en cuanto supieron quién era, en ninguno de los dos casos se atrevieron a luchar contra él. Narra, a continuación, otra anécdota sobre lo que le acaeció en Sevilla a Garci Pérez con un infanzón que quería tomar sus armas por ser iguales a las suyas. Tras pelear Garci Pérez valientemente contra los moros, el infanzón no solo se arrepintió de lo hecho, sino que pidió perdón avergonzado. Cuenta el Alcaide que andando de caza el Rey encontró a Garci Pérez podando en una de sus viñas y que se paró ante él y le dijo: «¿Qué hacéis, buen caballero?» A lo que Garci Pérez alzándose respondió de forma valerosa: «Señor, aquí hago lo que vedes y acullá lo que sabedes» (p. 277). El inca Garcilaso posteriormente escribiría la *Relación de la descendencia de Garci Pérez de Vargas*, un relato genealógico, en tono panegírico, de un pariente lejano suyo. Es un texto parecido al de las *Batallas y quinquagenas* en el sentido que celebra los orígenes nobiliarios del susodicho. El inca, al igual que había hecho Oviedo, detalla el árbol de los descendientes de Garci Pérez, como en los *Comentarios reales* el de los reyes incas del Perú, y lo solaza con anécdotas de otros personajes notables. Con uno y otro, el Inca pretende ensalzar su prosapia indígena y española, mancillada aquella por el antiindigenismo propio de la conquista y esta por la fama de traidor y sedicioso colaborador de los Pizarro de su padre. Garcilaso, en dicha genealogía, destaca la primera anécdota que hemos relatado para recalcar que Garci Pérez siempre ocultó el nombre del compañero cobarde que huyó para no enfrentarse a los moros dejándolo solo. Conservar la honra del caballero que huyó, declara el inca, es la mayor virtud de Garci Pérez. El inca elogia al poeta Garci Sánchez de Badajoz, de quien dice que es Fénix de los poetas españoles y del que pide que se viertan sus versos a lo divino, tarea que debía haber hecho él mismo pero que no llegó a ejecutar.

Entre otros ecos de sociedad, cabe recordar la admiración que Oviedo siente por la figura de Lucrecia de Borgia (p. 303), o el retrato que hace del príncipe Piamonte. Aprovecha dicho relato para disertar sobre cómo deben ser educados los príncipes, «regimine principum», y los niños cristianos (p. 319). En otro episodio, recrea de forma tan novelada el atentado ocurrido en Barcelona, en 1492, contra el rey Fernando, con una minuciosidad extraordinaria de detalles y a través de los diálogos (suponemos ficticios) entre la familia real en el momento de los hechos, que pareciera que él estuvo presente (p. 346). O recuerda a la criada de la reina, Isabel Fabra,

la cual no quiso servir a la nueva mujer del rey católico, una vez hubo enviudado, por fidelidad a la reina muerta (p. 349). El lector no puede más que asombrarse de la cantidad de información y documentación que posee Oviedo de hechos tan íntimos y personales.

El autor del *Sumario* nos documenta sobre Pedro Núñez de Toledo, honrado caballero, servidor de los reyes católicos cuando comenzaron a reinar en Castilla y enemigo de los Zapatas y Lujanes, representantes de la casa de Portugal. Tuvo una hija llamada Beatriz en su mujer doña Isabel de Estúñiga la cual, en ofensa de su persona misma y del honor de su marido, se pasó a los enemigos. Pedro Núñez no quiso darle muerte, sino que la dejó andar perdida. La mujer murió en condiciones paupérrimas, en el hospital de Esgueva de Valladolid. El Alcaide opina que «eso hizo él muy bien y mejor que si la matara» (p. 364). Señala Avalor-Arce en nota que «este es un sentido del honor ajeno en nuestros clásicos, tan excéntrico como el de Juan Manrique», juzgando que son «avatares y escarceos de las familias que sobrecogen al más pintado»¹⁵. La hija de Pedro Núñez, Beatriz, se casó con don Juan de Mendoza y tuvieron varios hijos. Pedro Núñez, tentado de esta flaca humanidad, se arrimó a una criada llamada Leonor Arias, en la cual hubo, viviendo su mujer doña Isabel, tres hijos y dos hijas. El yerno Juan de Mendoza no fue más casto que su suegro, se desavino con su mujer doña Beatriz y la abandonó en Madrid con su hijo e hijas y marchó a Guadalajara. Y allí «envolvióse con una criada de casa del Duque del Infantadgo, llamada doña Ana de Villagra, y hubo con ella dos hijas. Y estando así con su concubina públicamente, murió en Madrid su mujer doña Beatriz, y a ejemplo de su suegro, por imitarle, casóse con la Villagra, e parióle otra o más hijas» (p. 364). Los pleitos que se derivaron de tantos enredos fueron muchos para el mayorazgo de Pedro Núñez. Los dos, suegro y yerno, incumplieron, a ojos de Oviedo, pues se casaron con mancebas públicas que tuvieron en vida de sus primeras mujeres.

El Alcaide explica las armas y escudo de Pedro Núñez, siguiendo el método de todos los casos biografiados, y señala que en la cimera o timbre del escudo hay algunas piezas puestas de buena gracia y algunas mohosas y otras resplandecen. Tal invención quiere decir, a su parecer, que «el hombre es como el hierro que ejercitado vive y resplandece y el ocioso y no usado se pierde y enmohece» (p. 366).

Hablando de Rodrigo de Villandrando, dechado de cualidades, hijodalgo, informa de que el único vicio que tenía era de rapiña en la guerra; el Alcaide aprovecha para criticar a los hombres de guerra que, valiéndose de la guerra justa, les parece que pueden hacer todo el daño posible a los enemigos. Y concluye:

Y yo tengo por peor lo que en la paz usan algunos entre cristianos en estos tiempos, por diversas vías y formas, no guardándose los hombres de sus vecinos. Dejemos, la poca amistad y cautela de poca vida cubiertas de buenas palabras, con la médula del engaño encubierto...los ladrones ocultos, los fraudes disimu-

15. Avalor-Arce, en su edición de *Batallas y quinquagenas*, p. 364, nota 623.

lados, las yerbas y ponzoñas secretas, los adulterios escondidos, los heréticos disimulados (...) que si queremos cotejar lo uno con lo otro, no creo que habrá poco que hacer averiguar si son más los errores domésticos que en la guerra (p. 383).

Oviedo narra la vida del conde don Pedro de Ayala que murió de dolor y tristeza profundos por no haber tenido descendientes. Hablando con su cigarra, le dice: «Cantas hasta reventar, /yo reviento por llorar». A lo que Sereno contesta que hay que aceptar lo que dispone la providencia divina no lo que desea uno. Ilumina el caso aludiendo, una vez más, a Petrarca, libro 2, diálogo 131: «El Dolor dice, sin hijos muero. Y responde la razón, por eso debes morir más alegre y partir más libre, porque no dejas tras ti quién te haga guerra, etc.» (p. 398).

Otra historia novelesca es la de don Pedro de Bobadilla, fraile dominico que dejó los hábitos y se hizo corsario en el mediterráneo, por donde al cabo se ahogó con otros muchos en la costa de España. Era el hombre un padre incontinente, que ya había recibido castigo y duras penitencias de su propia Orden cuando era chico y que quedó liberado por mediación del Marqués de Moya. Entre sus fechorías destaca Oviedo el robo de las joyas del platero Pedro Hernández; tras el hurto, se fue de corsario para luchar contra los moros, lo cual le dio una gran reputación por su valentía. Tras huir con su amante a Rodas, pidió perdón al rey y al papa por haber dejado la orden y, para obtener el hábito de la cruz de Santiago, en 1495, fue a servir a su rey, acabando su vida ahogado. Dice el Alcaide que «este fin hizo este caballero, mal fraile y cruel corsario y mal afortunado y desasosegado capitán, pero de su persona valentísimo y suelto y denodado varón». El Alcaide no obstante le exculpa pues se arrepintió y apoya su juicio en Dante y Séneca para sostener que el que pide perdón queda absuelto (p. 395).

Seguidamente, Oviedo hace un inciso para tocar el tema de los conquistadores de Indias, a petición de Sereno. El Alcaide comenta que es en la *General Historia de Indias* donde hablará del asunto pero que aquí nombrará a algunos de ellos. Cita en página y media a muchos gobernadores, licenciados, capitanes, adelantados o comendadores. Recuerda especialmente al capitán Hernando de Soto y cómo le tuvo preso Pedrarias en la fortaleza de León de Nagarando; nombra a vuela pluma las revueltas en Perú, las muertes de Blasco Núñez de Vela, del tirano Gonzalo Pizarro y su hermano Francisco Martín, del traidor de Carvajal y de su maestre de campo. No esconde su visión crítica de los hombres de Iglesia y letrados:

Ni quiero perder tiempo en contaros algunos y muchos pasos que podría decir de incontables frailes y clérigos y letrados que han sido harta parte en estos escándalos, y al olor de este oro han venido a estas partes y el provecho que ellos han hecho la obra lo ha mostrado y estas partes lo sienten, y aun la hacienda del Rey y muchos particulares (p. 445).

Más adelante, a una pregunta de Sereno sobre si en las Indias hay leyes, justicia, regidores, escribanos, oficiales, catedrales o monasterios para servicio de la cristiandad, el Alcaide responde que sí, que en todos los lugares y poblaciones de estas indias hay personas de letras, calificadas y escogidas por la Cesárea Majestad y por los señores de su Real Consejo de Indias. Y remata:

Y unos aciertan a ser mejores que otros, por nuestra ventura, o por su desventura, y todos vienen acá pobres y cargados de hijos algunos, y aun de hijas, que es peor, sin les quedar en Castilla qué hereden, ni traer acá en qué vivían, sino el oficio. Y en poco tiempo están ricos y heredados, o adinerados, y sus hijos e hijas casados en la tierra de su jurisdicción, y se hacen tan señores como si la tierra que mandan la heredasen (p. 446).

CONCLUSIONES

En las *Batallas y quinquagenas*, Oviedo trata la vida pública e íntima de nobles personajes de la época renacentista y del siglo de oro español. En esta obra vemos que el autor goza de mayor libertad que en la *Historia general y natural de las Indias* para opinar y juzgar sobre los casos que va tratando. Apoyándose continuamente en los clásicos, y en especial manera en Séneca y Petrarca, vamos conociendo su pensamiento e ideas sobre el honor, la honra o los celos. En general, hay un tono magnánimo, senequista y de perdón de los pecados cometidos por los biografiados. La gula, la lascivia o la crueldad son los males en los que incurren estos nobles. Así, las *Batallas y quinquagenas* son un retablo muy interesante para conocer la moral de los nobles de la época y que en muchos casos sobrecoge por su frivolidad. Asimismo, Oviedo vierte también en esta obra sus críticas a la conquista americana, como hace en la *Historia general y natural de las Indias*, sobre todo por la rapiña en la guerra y por la codicia por el oro de los conquistadores y de los clérigos o letrados. No obstante, está convencido de que con la conquista llegaron la ley y la civilización y de que la tierra americana es un lugar para medrar y ascender socialmente.

BIBLIOGRAFÍA

Carabias Torres, Ana María, «Beatriz Galindo y Lucía de Medrano: ni maestra de reinas ni catedrática de derecho canónico», *Revista de la Universidad de Valladolid*, 39, 2019, pp. 179-208.

Díez-Canedo, Aurora, «Septiembre de 1541: un desastre en Guatemala. De la relación a la historiografía del siglo XVI», *e-Spania. Revue interdisciplinaire d'études hispaniques médiévales et modernes*, 12, 2011, pp. 27-33. DOI: <https://doi.org/10.4000/e-spania.20786>.

- Libro de la Cámara Real del príncipe don Juan*, ed. e introd. Santiago Fabregat, Valencia, Publicación de la Universitat de València, 2006.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Batallas y quinquagenas*, pról. y ed. Juan Bautista Avalle-Arce, Salamanca, Diputación Provincial de Salamanca, 1989.
- Fernández de Oviedo, Gonzalo, *Historia general y natural de las Indias*, Madrid, Atlas, 1959, 5 tomos (Biblioteca de Autores Españoles, 117-121).
- Gerbi, Antonello, *La naturaleza de las Indias Nuevas*, México, FCE, 1978.
- Río Nogueras, Alberto del, «Diálogo e historia en las *Batallas y Quinquagenas* de Gonzalo Fernández de Oviedo», *Criticón*, 52, 1991, pp. 91-109.
- Sanchis Amat, Víctor Manuel, «Terremotos y piratas en la literatura virreinal: las hojas volantes del siglo xvi», *Sincronía*, 71, 2017, pp. 156-170.